

Unidad 3

- La Concepción de Collingwood

- 3.1 Teoría de la historia de Collingwood
- 3.2 Criticas a la historia de Collingwood
- 3.3 La "coligación" en historia
- 3.4 La historia y el conocimiento de la naturaleza humana

CRITICAS A LA TEORIA DE COLLINGWOOD

1. TEORÍA DE LA HISTORIA DE COLLINGWOOD

Me propongo comenzar mi estudio del asunto con un examen más detenido de la teoría idealista del pensamiento histórico brevemente esbozado hacia el final del capítulo anterior. Lo hago así porque los idealistas ofrecen una audaz y bien definida interpretación de la explicación en historia, con la cual debe llegar a entenderse todo el que trate este asunto. Y para un escritor inglés es sumamente necesario prestar atención a esta teoría, porque una de sus formas fue propugnada por uno de los más lúcidos y penetrantes escritores sobre filosofía de la historia: R. C. Collingwood. Collingwood no vivió bastante para terminar la obra en gran escala sobre este tema que había planeado muchos años antes de su prematura muerte en 1943; pero su libro póstumo, *Idea de la historia*, editado según conferencias y trabajos que dejó, da, junto con sus publicaciones anteriores, idea justa de la opinión que estaba tratando de asentar.

La teoría idealista de la historia, podemos empezar por observar, consiste en lo esencial en dos proposiciones. Primera, que la historia está, en un sentido que habrá que especificar, propiamente interesada por el pensamiento y las experiencias humanas. Y segunda, que, precisamente por eso, la comprensión histórica tiene un carácter único e inmediato. Se afirma que el historiador puede penetrar hasta la naturaleza interior de los acontecimientos que estudia, puede captarlos desde adentro, por así decirlo. Es ésta una ventaja que no puede disfrutar nunca el científico de la naturaleza, que no puede saber nunca lo que probablemente es un objeto físico del modo como un historiador puede saber cómo fue probablemente Julio César. Como dice Collingwood:

"Para el hombre de ciencia, la naturaleza es siempre y puramente un 'fenómeno', no en el sentido de que sea imperfecto en su realidad, sino en el sentido de ser un espectáculo que se presenta a su observación inteligente; mientras que los acontecimientos de la historia nunca son meros fenómenos, nunca meros espectáculos para la contemplación, sin cosas que el historiador mira, pero no *los* mira, sino que mira *a través* de ellos, para discernir el pensamiento que contienen". *Idea de la historia*, p. 248.)

La historia es inteligible de este modo porque es una manifestación anímica. Si la naturaleza manifiesta alma es cosa que, realmente, no podemos decir: es ésa una cuestión metafísica sobre la cual no ha sido posible el acuerdo. Pero, por lo menos, sabemos que el científico de la naturaleza tiene que tratarla como si no la manifestara. La esterilidad de la física antigua y medieval demostró la imposibilidad práctica de suponer que la manifestaba.

Ahora bien, debe advertirse que, de esas dos proposiciones, mientras que la segunda no es probable que sea verdadera a menos que lo sea la primera, la primera puede ser verdadera aunque sea falsa la segunda. Es posible que la historia sea, en algún sentido, la historia del pensamiento, sin que de ahí se siga que el conocimiento histórico sea único e inmediato. Pero antes de que digamos algo acerca de esto dirigiremos nuestra atención a la proposición primera, y en particular a su palabra clave "pensamiento".

Cuando se dice que la historia está esencialmente interesada por el "pensamiento", ¿a qué se refiere esto?

La palabra es capaz de un sentido amplio y de un sentido estricto, y la ambigüedad se refleja en una división importante entre los partidarios de la teoría idealista. Para el filósofo alemán Wilhelm Dilthey (1833- 1911), la historia, así como, por ejemplo, el derecho, la economía, la crítica literaria y la sociología, pertenecía al grupo de estudios llamados ciencias del espíritu (*Geisteswissenschaften*). La característica de estos estudios, cuando se comparan con las ciencias naturales (*Naturwissenschaften*), era que su materia podía ser "directamente vivida" o conocida desde adentro. Ahora bien, lo que puede ser "vivido directamente" en el sentido de Dilthey son experiencias humanas en el sentido más amplio de la palabra: sentimientos, emociones y sensaciones de hombres, así como sus pensamientos y razonamientos. En consecuencia, para Dilthey, decir que la historia está propiamente interesada en los pensamientos humanos sería lo mismo que decir que se interesa por las experiencias humanas: la palabra "pensamientos" estaría usada genéricamente, de un modo muy parecido a como está usada la palabra *cogitatio* en la filosofía de Descartes. Dilthey habría negado que toda historia es historia del pensamiento si se entendiese que eso significa historia del pensamiento propiamente dicho, considerando esa concepción demasiado estrecha e intelectualista para ajustarse a los hechos.

Pero Collingwood, que indudablemente estaba familiarizado con las teorías de Dilthey, optó deliberadamente por este sentido estrecho. Cuando él dijo que toda historia era la historia del pensamiento, quería decir que se interesaba propiamente por operaciones intelectuales. Todo pensamiento — explicaba — tiene lugar sobre un fondo de sentimiento y emoción, pero no es

por estas cosas por las que se interesa el historiador. El historiador no podría ocuparse de ese fondo porque no puede esperar revivirlo. Sólo los pensamientos en sentido estricto son capaces de resurrección, y por lo tanto sólo pensamientos pueden constituir la materia de la historia.

El lector muy bien puede sentirse intrigado por saber qué es lo que llevó a Collingwood a sostener una teoría tan manifiestamente extrema y paradójica como ésta, y quizá valga la pena que empleemos nuestro tiempo en examinar más detenidamente las opiniones contradictorias.

Dilthey apoyó su teoría de la autonomía de las *Geisteswissenschaften* en una explicación de la manera como se conocen las operaciones mentales, fin el centro de esa explicación estaban sus conceptos de “expresión” y de “comprensión”. Según él, todas nuestras experiencias mentales —sentimientos, emociones, pensamiento— tienden a asumir alguna suerte de expresión externa. El pensamiento, por ejemplo, va acompañado normalmente de palabras habladas o escritas o de otros símbolos, el dolor por una especie de expresión facial y de conducta corporal, la alegría por otra, y así sucesivamente. El proceso de comprender la mente de otras personas, y también parte del proceso para comprender nuestra propia mente, es un proceso de interpretación de esas expresiones. Pero Dilthey insistió en que no era un proceso de inferencia. Pasamos directamente—parece pensar— del conocimiento de la expresión al conocimiento de lo que expresa; o más bien, aunque no llegamos a la experiencia original misma, tenemos en nosotros una experiencia exactamente igual a ella. Así, cuando veo que alguien muestra todos los signos de dolor inmediatamente me apeno yo mismo. Sé cómo está probablemente el hombre en cuestión porque mi estado mental corresponde exactamente al suyo.

A esta explicación pueden hacérsele dos observaciones críticas. En primer lugar, podemos preguntarnos por qué, si Dilthey está en lo cierto al pensar que el proceso es inmediato y no inferencial, incurrimos en error con tanta frecuencia. No podría negarse que muchas veces interpretamos mal los pensamientos y los sentimientos de las personas; y parece lo más natural decir que cuando lo hacemos sacamos las conclusiones equivocadas de las pruebas de que disponemos, de las expresiones de que habla Dilthey. En ese caso el proceso es, después de todo, un proceso de inferencia. Y en segundo lugar puede decirse que la teoría de Dilthey lleva a una posición fundamentalmente escéptica. Si no podemos captar nunca la experiencia real que dio lugar a cierta expresión, ¿cómo sabemos que nuestra propia experiencia es, como él asegura, exactamente como ella? Parece como si Dilthey se viera envuelto aquí en las dificultades comunes de la teoría representativa del conocimiento y no hubiera pensado suficientemente en el modo de evitarlas.

Collingwood advierte la fuerza de estos dos puntos, aunque tenía una simpatía general por el punto de vista de Dilthey y era muy sensible a la gran importancia para la historia de la teoría de la expresión. Pero quería evitar el escepticismo hacia el conocimiento histórico y, como parte de él, evitar tener que decir que podemos hacer sólo conjeturas mejor o peor fundadas acerca de la mente de otras personas, incluida la de personas del pasado. Y la única manera que vio de conseguir ese resultado⁴ fue sostener que todo lo que podíamos conocer de ellas eran sus pensamientos y sus razonamientos en sentido estricto.

Sostuvo que pudiéramos conocer eso basándonos en que los actos de pensamiento, en cuanto opuestos al fondo de sentimientos sobre el cual tienen lugar, eran intrínsecamente susceptibles de reavivamiento después de un intervalo. Si, por ejemplo, empiezo a pensar sobre un asunto que tuve olvidado durante años, podría yo (aunque no siempre) reavivar mis pensamientos anteriores acerca de él, aunque mi pensamiento tenga ahora un fondo de emoción y sentimiento diferente del que había tenido entonces; y si pensase en la historia de Julio César, también podría lograr revivir sus pensamientos. E hecho de que los pensamientos de César no hubieran formado anteriormente parte de mi historia mental no sería un obstáculo para esto: "no hay —dice Collingwood— teoría sostenible de la identidad personal" que impida que el mismo acto de pensamiento pertenezca a dos series mentales diferentes. De ahí que una historia estrictamente limitada a la historia del pensamiento sea una empresa perfectamente realizable, aunque no lo sea otra entendida en un sentido amplio.

En consecuencia, para Collingwood el concepto central de la historia es el concepto de acción, es decir, de pensamiento que se expresa en conducta externa. Los historiadores tienen —según él creía— que partir de lo meramente físico o de descripciones de lo meramente físico; pero su designio es penetrar más allá de esto hasta el pensamiento que está en su base. Así, pueden partir del hecho escueto de que una persona (o, más estrictamente, un cuerpo) llamada Julio César cierto día del año 49 A. C. cruzó el Rubicón con tales y cuales fuerzas. Pero no se contentan con detenerse ahí: quieren seguir adelante y descubrir lo que estaba en la mente de César, qué pensamiento era la base de aquellos movimientos corporales. En la terminología propia de Collingwood, quieren pasar del "exterior" del acontecimiento a su "interior". Y una vez que han hecho esta transición, dice, la acción se hace para ellos completamente inteligible. '

"Para la historia, el objeto por descubrir no es el mero acontecimiento sino el pensamiento que expresa. Descubrir ese

pensamiento es ya comprenderlo. Después que el historiador ha comprobado los hechos, no hay un proceso ulterior de inquisición en sus causas. Cuando sabe lo que ha sucedido, sabe ya por qué ha sucedido”, (*idea de la historia*, P. 248.)

Si sé lo que hizo Nelson en la batalla de Trafalgar, para usar un ejemplo favorito de Collingwood, también té por qué lo hizo, porque hago míos sus pensamientos y paso de uno a otro como lo liaría en mi propio pensamiento. No necesito ningún conocimiento general de la conducta de los almirantes en las batallas navales para llegar a esa comprensión. No es, en realidad, materia de conocimiento discursivo, sino de conocimiento, inmediato. Pero sólo es así porque se trata de pensamiento, y sólo de pensamiento.

2. CRÍTICAS A LA TEORÍA DE COLLINGWOOD

Podemos convenir en tomar la versión de Collingwood de la teoría idealista como su forma modelo para nuestros presentes propósitos, y ahora debemos pasar, a comentar la. Me dedicaré primero a lo que dice acerca de la importancia fundamental para la historia del concepto de acción, y a su descripción del proceder del historiador como re-pensamiento de pensamientos pasados.

Puede haber excepciones a estas opiniones sobre diferentes fundamentos. Así, a) los partidarios de las teorías materialistas de la interpretación histórica sin duda las ridiculizarían porque suponen un olvido absurdo del fondo natural de los acontecimientos históricos. Decir que toda historia es la historia del pensamiento es insinuar por lo menos que los hombres hacen su propia historia, libres de toda determinación por fuerzas naturales; ¿y qué podría ser más absurdo? Pero esta crítica parece más demoledora de lo que en realidad es. No tenemos más que recordar que el pensamiento de que habla Collingwood es pensamiento en acción, no es el pensamiento de la especulación abstracta, para embotar su filo. ¿Por qué habríamos de suponer que ignoraba que dicho pensamiento nace de un fondo de fuerzas naturales tanto como de fuerzas humanas y como reacción a ellas? Su teoría sería indudablemente estúpida si desconociera ese hecho; ¿pero tenemos alguna razón para suponer que lo desconoce?

b) Dejando este punto, podemos examinar en seguida la crítica de la opinión de Collingwood según la cual ésta sólo tendría fundamento si todas las acciones humanas fuesen deliberadas, cuando tantas no lo son evidentemente. Lo que el historiador tiene que hacer —nos dice— es penetrar desde el acontecimiento externo hasta el pensamiento que lo constituyó y re-pensar ese

pensamiento. Pero muchas acciones que la historia investiga fueron hechas bajo el acicate del momento, en respuesta a un impulso súbito; y cómo ha de realizarse el programa de Collingwood respecto de ellas no es cosa inmediatamente clara.

c/ Con esta crítica podemos relacionar otra según la cual la teoría es admisible sólo si se tienen en cuenta ciertos tipos de historia. Mientras concentremos nuestra atención en la biografía y en la historia política y militar, parece bastante razonable, pero si pasamos, por ejemplo, a pensar en la historia económica, se hace mucho más difícil de aplicar. ¿Es esclarecedor en alguna medida decir que quien trata de la historia de los precios, por ejemplo, está esencialmente interesado en acciones humanas, y que su tarea apropiada es repensar los pensamientos de los individuos que los señalaron? ¿De qué acciones y de qué pensamientos se trata aquí?

De estas dos objeciones, la primera quizá puede contestarse pensando que muchas acciones impulsivas y, en la misma medida, "irreflexivas", pueden, no obstante, revelarse como la expresión del pensamiento en investigaciones posteriores. Si golpeo a un individuo en un arrebato de pasión, mi acción evidentemente no es deliberada; pero sería ocioso negar que hay, como decimos, una idea detrás de ella. Quise golpear al individuo y expresar mi disgusto, aunque no tuviese en las mientes un plan explícito. Y puede sostenerse de un modo bastante admisible que el historiador, al estudiar actos impulsivos y tratar de descubrir los pensamientos que están detrás de ellos, realiza una tarea análoga en ciertos aspectos a la del psicoanalista, cuyo éxito en revelar planes meticulosamente fraguados detrás de acciones aparentemente irracionales es pertinente, sin duda alguna, para la materia que estamos examinando.

La fuerza de la otra objeción también depende del supuesto de que la teoría sólo funcionará si los pensamientos de que se habla están encamados en actos deliberados de pensamiento que tengan lugar en la mente de los agentes individuales. Las acciones de qué trata la historia económica son acciones de innumerables agentes, en realidad, de todos cuantos toman parte en los procesos económicos investigados. Y los pensamientos que el historiador de la economía trata de captar están expresados, con bastante frecuencia, en complicadas series de acciones realizadas por diferentes personas en largos lapsos, de las cuales pocas, si es que alguna, conocen la dirección de todo el movimiento. Muy bien puede ser imposible descubrir aquí un plan deliberado, ¿pero es ésta una objeción insuperable a la teoría idealista? Es seguro que no hay nada muy revolucionario en la sugerencia de que una idea puede ejercer una influencia persistente sin que esté constantemente ante la mente de alguien:

puede tener un efecto de fondo o ambiente, por decirlo así, si la suponen inconscientemente personas que nunca pensaron explícitamente en ella. Y no veo por qué esto no se aplique a la esfera de la economía lo mismo que se aplica, por ejemplo, a la historia política o cultural.

La fuerza de ambas críticas se deriva de la errónea identificación de lo que una persona tiene *en las mienta* con lo que tiene *ante la mente*. Se cree equivocadamente que cuando decimos que los historiadores tienen que penetrar los pensamientos que están detrás de las acciones manifiestas de los hombres queremos decir que toda acción tiene dos partes: primero pensamiento y después ejecución física. Entonces se plantean las dificultades que hemos venido estudiando, pues evidentemente hay muchos casos a los que no se ajustará la forma indicada. Pero aunque el lenguaje de Collingwood en este contexto (en particular su insistencia en la necesidad de re-pensar pensamientos pasados) no está librado de ambigüedad, no es esencial interpretarlo como si hubiera hecho este objetable supuesto. Tiene sentido hablar de descubrir el pensamiento que está detrás de un acto físico aun en casos en que el pensamiento *no* precedió a la acción; y realmente intentamos con frecuencia hacer esto en la vida diaria, por ejemplo en los tribunales de justicia.

d] Ésta puede ser también nuestra respuesta al ataque frontal contra la dicotomía interno/externo, aplicada a la acción, realizado por el profesor Ryle en *The Concept of Mind*. El profesor Ryle objeta esa terminología basándose en que si hablamos *tanto* de las acciones manifiestas de un individuo *como* de los pensamientos que expresan, y decimos que el asunto del historiador es pasar de las primeras a los segundos, le señalamos una tarea imposible, ya que los pensamientos de que se habla aquí son, por definición, pensamientos privados de la persona que los tiene e inaccesibles a Unías las demás. Al nacerlo, nos metemos en el problema filosófico tradicional del conocimiento que tenemos de otras mentes, problema que no puede resolverse satisfactoriamente por la sencilla razón de que descansa sobre un craso error. Sólo con que reconozcamos que, como dice el profesor Ryle, "las realizaciones inteligentes manifiestas no son pistas hacia el funcionamiento de las mentes; son ese funcionamiento", desaparecen a la vez el error y el problema.

Pero la terminología interno/externo puede defenderse sin aceptar las implicaciones-que el profesor Ryle atribuye a sus partidarios. Puede aceptarse sobre el respetable fundamento de que es empíricamente esclarecedora: que representa algo que los historiadores, los abogados, los políticos y la gente ordinaria hacen en el curso de su pensamiento normal. A veces (con mucha frecuencia, por lo que respecta a la historia) se encuentran ante un escueto registro de los hechos físicos de ciertos agentes, y en esas

circunstancias se ponen a descubrir las ideas, o los pensamientos, o las intenciones, que los agentes en cuestión tenían, explícitamente o no, "en la mente". Desde que en esas circunstancias tratan de pasar del aspecto "externo" al aspecto "interno" de una acción o conjunto de acciones es emplear una metáfora que puede ser peligrosamente desorientadora para los filósofos, pero no lo sería para ningún historiador ni hombre de negocios que sabe a qué atenerse respecto de ella. Porque, después de todo, es algo que todos hacemos al seguir los acontecimientos actuales en el mundo político, cuando preguntamos, por ejemplo, en qué "pensaba" Stalin cuando envió a Vishinski a Washington, o especulamos sobre lo que "está detrás" del hecho físico mejor o peor atestiguado e que grandes cuerpos de tropas rusas avanzan de este a oeste a través de Polonia.

Lo que el profesor Ryle hizo es revelar de un modo sorprendente el carácter desorientador del lenguaje de Collingwood cuando habla de "re-pensar", que es inadecuado para los fines a que se destina. El historiador ciertamente tiene que hacer más que re-pensar los pensamientos que estuvieron explícitamente ante las mentes de aquellos cuyas acciones estudia, aun en casos en que los actos fueron deliberados. Los personajes históricos, como dijo Hegel, muchas veces hacen (o intentan) más de lo que saben, y esto hay que concedérselo a toda explicación sostenible del pensamiento histórico. Pero creo personalmente que esta concesión puede hacerse dentro del contexto de la teoría idealista sin destruir las principales tesis de dicha teoría.¹

Todo esto viene a parar en que debemos, a pesar del profesor Ryle, aceptar la teoría idealista de la expresión como esencialmente correcta. Observamos más arriba que era muy poco probable que los idealistas, que tienen en su haber mucho trabajo histórico auténtico (Dilthey, Croce y Collingwood, para no citar más que tres, fueron todos historiadores experimentados), hubieran desconocido por completo la naturaleza del pensamiento histórico; y esta tesis tiene el apoyo del caso presente. Cualquiera que sea nuestra opinión sobre el resto de su teoría, no podemos negar que los idealistas subrayaron con razón la diferencia entre la actitud que adopta un científico natural hacia los hechos que investiga y la que

¹ [La dificultad es más profunda de lo que aquí se reconoce, como lo hizo ver claramente A. C. Danto en el capítulo XVIII de su *Atudytiái Philosophy of History*. Danto señala la frecuencia en historia de "frases nanativas" como "Aristarco se anticipó a Copérnico", que describen acontecimientos a la luz de su resultado; como *ti* dice, la referencia a lo que tenían en la mente los agentes no podría ser nunca una base adecuada para tales descripciones. Trato algunos puntos complementarios en el *ε* *V*frulo que cito *infra*, p.72.]

adoptan los historiadores hacia sus testimonios.

Collingwood expone bien la diferencia en un pasaje ya citado, en que habla de que los historiadores no miran los fenómenos históricos, sino a través de ellos, para descubrir el pensamiento que contienen. Podemos ilustrarla, siguiendo también a Collingwood, comparando el proceder de un paleontólogo con el de un arqueólogo hacia sus respectivos “hallazgos”. El primero toma sus restos como una prueba que le permite reconstruir la apariencia física y las características de los animales a que pertenecen los huesos, y descubrir la evolución de especies ahora extinguidas. Pero el segundo, cuando descubre restos de un poblado o de un campamento, no se contenta con reconstruir la apariencia física que tenía cuando realmente estaba ocupado; quiere además usarlos como pruebas que arrojen luz sobre los pensamientos y las experiencias de la gente que vivió o luchó allí. Para decirlo de otro modo, mientras la naturaleza está toda en la superficie (como observó Goethe críticamente, no tiene “ni concha ni almendra”), la historia tiene interior y exterior. Y es su interior lo que propiamente interesa a los historiadores.

Pero aunque, en consecuencia, estamos dispuestos a defender la primera parte de la teoría idealista, no se sigue de ahí que aceptemos toda la interpretación idealista de la explicación histórica. Decir que los historiadores deben penetrar detrás de los fenómenos que estudian es una cosa; sostener que esa penetración se realiza por un acto intuitivo es algo muy diferente.

¿Podemos encontrar alguna razón para admitir tan extravagante opinión? Collingwood, como hemos visto, limitó por simpatía la comprensión que Dilthey había estado dispuesto a extender a todas las experiencias mentales, a los actos de pensamiento en sentido estricto; pero dudo que podamos seguirle aun en eso. Cuando nos dice que el estudio de las pruebas nos permitirá captar en un solo acto lo que Nelson pensó en Trafalgar y por qué lo pensó, y que este conocimiento se logra sin referencia a ninguna proposición general sobre la conducta de los almirantes, muy bien podemos preguntarnos si no se dejó engañar por su propio ejemplo. Sentimos que no hay ninguna gran dificultad acerca de esta teoría cuando se aplica a personas como Nelson y Julio César, porque suponemos demasiado fácilmente que Nelson y Julio César eran hombres como nosotros. Pero si tratamos de aplicarla a las acciones de un médico-brujo africano o a un jefe vikingo, muy bien podemos empezar a tener serias dudas acerca de ella. Para deducir algo de la conducta de tales personas, todos estaremos dispuestos a decir que necesitaríamos algo más de comprensión por simpatía; necesitamos experiencia, de primera o de segunda mano, del modo en que suelen reaccionar a las situaciones en que se encuentran.

Mas para un idealista, admitir esto es renunciar a toda su teoría, pues esa experiencia se reduce al conocimiento, explícito o implícito, de ciertas verdades *generales*. Lo que en realidad se está diciendo es que el proceso de interpretar la conducta en cuestión es un proceso de inferencia en el sentido ordinario. Y si esto conviene i casos no familiares, como el del médico-brujo, ¿no convendrá también a casos familiares? ¿No es verdad que nuestra comprensión de Nelson depende de manera importante de que sepamos algo de la dirección de batallas navales en general? Y si carecemos de ese conocimiento ¿podríamos comprender su acción?

Concluyo que la principal tesis de Collingwood no resiste el examen. No es cierto que captemos y comprendamos el pensamiento de individuos del pasado en un solo acto de penetración intuitiva. Tenemos que descubrir lo que pensaban y averiguar por qué lo pensaban interpretando las pruebas de que disponemos, y en este proceso de interpretación hacemos referencia por lo menos implícita a verdades generales. El historiador tiene indudablemente que hacer algo diferente de lo que hace el científico, pero no tiene poderes especiales de penetración que le ayuden a realizar la tarea. Necesita imaginación en alto grado, pero también necesita experiencia.

Decir que puede hacer su trabajo poniéndose en el lugar de las personas que estudia, aunque parece responder a los hechos, no es decisivamente esc I ai veedor. Porque el proceso de ponerse uno en el lugar de otro es también susceptible de ulterior análisis.

Más adelante trataré de algunos otros problemas que nacen del estudio anterior y que versan sobre la cuestión de la verdad histórica no menos que sobre la de la explicación histórica. Por el momento sólo necesito añadir la observación de que el rechazo de la versión de Collingwood de esta teoría anula cualquier incentivo que hubiera para aceptar su definición, muy angosta, del campo de la historia. El mismo Collingwood se proponía limitar la historia al pensamiento propiamente dicho porque creía que sólo el pensamiento podía ser entendido en su peculiar sentido: sólo del pensamiento podíamos tener conocimiento directo e individual. Pero hemos visto ya razones para rechazar su opinión, y en consecuencia podemos volver sin titubeo a la fórmula más amplia de la cual partimos: que la historia se interesa por las acciones y las experiencias de seres humanos del pasado. El historiador, seguiremos diciendo, trata de resucitar el pensamiento del isado; pero no sólo se interesa por las ideas propiamente chas, sino también por el fondo de sentimiento y emoción que tuvieron las ideas. Cuando intenta revelar el espíritu de una época, no es meramente su vida intelectual lo que espera penetrar: quiere captar también su vida emocional. Indudablemente,

como vio Collingwood, hay dificultades para la realización de su tarea, pero se aplican a las dos partes de ella. Si está justificado el escepticismo histórico, se aplica al pensamiento lo mismo que al sentimiento. La posición a que llegamos ahora es que hemos rechazado las principales tesis de los idealistas acerca de la explicación histórica y sostenido que implica cierta clase de referencia a verdades generales. Esto parece obligarnos sin más a alguna forma de la tesis positivista (supra, pp. 49- 51). Pero antes de aceptar esa conclusión quizá debamos echar una mirada más atenta a la verdadera práctica de los historiadores. Si hacemos esto no podremos menos de sorprendernos ante el uso que hacen de un procedimiento que encaja mejor en la teoría idealista que en la positivista: el procedimiento de explicar un acontecimiento rastreando sus relaciones intrínsecas con otros acontecimientos y de localizarlo en su contexto histórico. Éste es el procedimiento que en nuestro capítulo introductorio llamamos “coligación”, y sin duda merecerá que dediquemos nuestro tiempo a examinar su naturaleza e importancia.

Si se le pide a un historiador que explique un acontecimiento histórico particular, creo que se inclinará con frecuencia a empezar la explicación diciendo que hay que considerar el hecho en cuestión como parte de un movimiento general que se estaba desarrollando en aquel tiempo. Así, la reocupación por Hitler de las provincias renanas en 1936 podría ser dilucidada por referencia a la política general de reafirmación y expansión alemanas que Hitler practicó desde el momento de su llegada al ² poder. La mención de esa política y la especificación de medidas anteriores y posteriores para realizarla, tales como el repudio del desarme unilateral, la retirada de Alemania de la Liga de Naciones, la absorción de Austria y la incorporación de los Sudetes, en realidad sirven para hacer más inteligible la acción aislada de la cual hemos partido, y lo hacen permitiéndonos situar la acción en su contexto y verla como un paso en la realización de una política más o menos consecuente. Comprender lo que fue aquella política y apreciar el modo en que los acontecimientos particulares contribuyeron a su realización es, por lo menos en muchos casos, parte de lo que se considera una explicación histórica.

Ahora bien, es imputable darse cuenta de que la capacidad del historiador para usar esta forma de explicación depende de la naturaleza especial de la materia de que trata. Sólo a causa de su interés por las acciones, que acertadamente destacan los idealistas, puede pensar de esta manera. El hecho de que toda acción tenga un lado de pensamiento hace posible todo esto.

² [Para las críticas a esta interpretación de Collingwood, véase la nota adicional a la terminación de este capítulo.]

Porque las acciones son, hablando en sentido amplio, realizaciones de propósitos, y porque un solo propósito o una sola política pueden hallar expresión en toda una serie de acciones, ya realizadas por una persona o por varias, podemos decir en un sentido inteligible que algunos acaecimientos históricos están intrínsecamente relacionados. Están relacionados así porque la serie de acciones en cuestión forma un todo del que puede decirse con verdad no sólo que los términos posteriores están determinados por los anteriores, sino también que la determinación es recíproca, que los miembros anteriores son afectados por el hecho de que ya se planeaban los posteriores. Ésta es una situación que no encontramos en la naturaleza,⁸ pues los acontecimientos naturales no tienen, para propósitos científicos, en todo ³ caso, "interioridades", y por lo tanto sólo admiten conexiones extrínsecas.

El punto que estamos tratando es que el pensamiento histórico, a causa de la naturaleza de la materia que trata el historiador, muchas veces procede de un modo teleológico. Pero a esto se objetará que tiende a hacer la historia mucho más deliberada y ordenada de lo que en realidad es. Es cierto que los historiadores hablan de movimientos generales que caracterizan a épocas particulares: la Ilustración, el movimiento romántico, la época de la reforma en la Inglaterra del siglo XIX, la aparición del capitalismo monopolista. ¿Pero puede sostenerse de manera admisible en algún grado que esos movimientos son en todos los casos intentos deliberados de dar expresión a una política coherente) De muchos de ellos por lo menos semejante pretensión sería palpablemente falsa. Hay en la historia, indudablemente, algunos movimientos —el de la reforma ~ legislativa en Gran Bretaña en los primeros años del siglo pasado sería un ejemplo— que son, en lo esencial, intentos deliberados para realizar un programa previamente formulado, pero parecen ser la excepción y no la regla general en la historia. Como prueba, por el otro lado, no tenemos más que preguntarnos quién planeó el nacimiento del capitalismo monopolista o el movimiento romántico.

Hay que admitir inmediatamente la fuerza de esta objeción sería absurdo explicar la historia sobre el supuesto de que Consiste en una serie de acaecimientos deliberadamente planeados. Los hombres no son tan calculadores, y aun cuando tratasen de actuar en todos los casos de acuerdo con una política cuidadosamente formulada, se encontrarían con que las circunstancias, humanas y naturales, son a veces más fuertes que ellos. Pero pienso que todo esto puede admitirse sin sacrificar el punto principal de

³ La existencia de cuerpos orgánicos parece dar un nudo a esta afirmación. Pero aun cuando (como negarían los biólogos mecanicistas) no [podamos explicarlos sin recurrir al concepto de

nuestra teoría.

Porque en primer lugar, si es absurdo considerar la historia como una serie de movimientos deliberados, es igualmente absurdo ignorar la verdad de que los hombres desarrollan en ocasiones políticas coherentes. Después de todo, los nazis planearon la conquista de Europa, y ninguna historia de los años 1933 a 1945 podrá dejar de mencionar su plan. Así, pues, está enteramente justificada una explicación totalmente teleológica para algunos acontecimientos históricos. Y, en segundo lugar, aunque muchas veces es imposible recurrir a dicha explicación en su forma simple, el hecho mismo de que los historiadores traten de agrupar los acontecimientos históricos en movimientos y tendencias generales revela que anhelan encontrarle un sustituto. Si no pueden pensar en términos teleológicos manifiestos, usan, con todo, un procedimiento que es semiteleológico. En realidad explican los acontecimientos señalando las ideas que encarnan y citando otros acontecimientos con los que están íntimamente conectados, aunque saben que muchos de los agentes implicados tienen poco conocimiento consciente de las ideas en cuestión, si es que tienen alguno. Y su justificación de hacerlo así es el hecho, ya señalado, de que las ideas pueden ejercer influencia sobre la conducta de la gente aunque no estén constantemente ante las mentes de las personas que obran de acuerdo con -ellas. Así, la idea de que Gran Bretaña tiene una misión imperial, aunque explícitamente sustentada sólo por una reducida minoría de personas en el país por aquel tiempo, llegó hacia fines de la era victoriana a ejercer una influencia sumamente importante sobre la dirección de la política exterior británica, y ninguna exposición de dicha política se permitirá no mencionarla. 1. Hubo, en realidad, una fase imperialista reconocible en la historia política británica, aun cuando la política del imperialismo no fue conscientemente aceptada ni deliberadamente aplicada por la mayoría de los que estuvieron en el poder en aquel tiempo.

Me parece que este procedimiento de “coligar” acontecimientos según “concepciones apropiadas”, para usar las palabras de Whewell, forma una parte importante del pensamiento histórico, y yo lo conectaría con lo que se dijo al comienzo del capítulo anterior sobre el propósito del historiador de formar un todo coherente con los acontecimientos que estudia. Sugiero que a su modo de hacerlo es buscar ciertos conceptos dominantes o ideas directivas con las que esclarecer los hechos, rastrear conexiones entre aquellas ideas y después mostrar cómo los hechos detallados se hacen inteligibles a la luz de ellas construyendo un relato “significativo” de los acontecimientos del período en cuestión. Sin duda es éste un programa que, en cualquier caso concreto, puede realizarse sólo con éxito parcial: tanto las ideas claves verdaderas como el sentido de su aplicación a los hechos detallados pueden eludirse, mientras

que la buscada inteligibilidad sólo puede ser inteligibilidad dentro de un período arbitrariamente delimitado (a no ser que el historiador elija para su estudio una serie de acontecimientos que no puede ni aun empezar coligando). Pero admitir esto no altera la tesis principal según la cual es éste un procedimiento que usan los historiadores, y que en consecuencia toda interpretación de la explicación histórica debe encontrar un lugar para él.

Es fácil, sin embargo, sobrestimar la importancia del procedimiento que he descrito, y puede calmar los celos de algunos lectores el que termine mi estudio con algunas observaciones sobre ese punto. Debo aclarar, ante todo, que decir que explicamos los acontecimientos históricos por referencia a las ideas que encarnan no es sostener que la historia sea un proceso racional en algún sentido discutible; y, en segundo lugar, que no sostengo que esa idea sea el único procedimiento explicativo adoptado por los historiadores.

a] Expliqué antes que la coligación se ajustaba a la concepción idealista de la historia mejor que a la concepción positivista (está evidentemente conectada con la tesis de que toda historia es historia del pensamiento), y personas suspicaces indudablemente verán en la defensa que hago de ella el intento de reimplantar el idealismo. ¿Cuáles son vuestros conceptos dominantes, se me preguntará, sino los universales concretos de Hegel disfrazados, y qué es el intento de demostrar que la historia es un todo inteligible sino la resurrección de un racionalismo ahora desacreditado? Me gustaría aclarar que no hay nada de eso. Al decir que el historiador intenta encontrar inteligibilidad en la historia coligando acontecimientos de acuerdo con ideas apropiadas no estoy sugiriendo ninguna teoría de las fuerzas motrices decisivas de la historia. No digo nada sobre el *origen* de las ideas a que se ase el historiador; a mí me basta con que esas ideas hayan tenido influencia en el tiempo sobre el cual escribe. Así, la única racionalidad del proceso histórico que mi teoría supone es una especie de racionalidad superficial: el hecho de que este, aquel y el otro acontecimiento puedan ser agrupados como partes de una sola política o de un movimiento general. No tengo nada que decir aquí sobre la cuestión más amplia de si la política o el movimiento fueron ellos mismos producto de la razón en otro sentido.

De ahí se sigue que mi teoría no es racionalista en el que muy bien podría considerarse mal sentido, sino que por el contrario es una -teoría que pueden aceptar los escritores de todas las escuelas (no veo por que ni aun los marxistas deban negarla). Pero esto por sí solo indica que la coligación necesita ser suplementada con otros procedimientos si ha de ser completa la explicación histórica.

b) Una explicación de acontecimientos históricos mediante ideas no puede

menos de ser parcial, a limpie sólo sea porque no dice nada de cuestiones tan importantes como el saber por qué fueron adoptadas aquellas ideas (qué es lo que les dio su peculiar atractivo) y hasta dónde lograron sus defensores ponerlas en efecto, ante los obstáculos naturales y humanos. Una exposición completa debe tratar evidentemente esas materias, pero la teoría de la coligación las soslaya y se concentra únicamente en el contenido del acto que estudia. No hay nada malo en hacerlo así, mientras sea advertida la abstracción; la dificultad empieza sólo cuando se ignora esta limitación y la teoría, o algo que se le parezca, es presentada como toda la verdad. Es entonces cuando caemos en las extravagancias de los idealistas que examinamos más arriba. Pero no tenemos por qué caer en tales absurdos si tenemos presente todos los hechos.

¿A qué otro procedimiento de explicación recurren los historiadores, además de la coligación? Parece evidente que tiene que ser a la explicación de un tipo casi científico, que implica la aplicación de principios generales a casos particulares. Así volvemos, como hicimos al terminar nuestro estudio del idealismo, a algo como la teoría positivista del pensamiento histórico. En lo que queda de este capítulo tenemos que emprender el examen de la referencia a proposiciones generales en la historia, que dicha teoría considera fundamental, y que parece que debe recoger toda exposición.⁷

4. LA HISTORIA Y EL CONOCIMIENTO DE LA NATURALEZA HUMANA

Hemos convenido en que para comprender una situación histórica tenemos que acudir a un conocimiento general relativo a ella, y la primera pregunta que tenemos que hacernos aquí es, evidentemente, en qué consiste ese conocimiento general. Los positivistas modernos, como vimos arriba, tienen una simple contestación que dar. Y es que no hay un conjunto especial de generalizaciones al que recurran los historiadores, ya que el conocimiento general necesario varía de una situación histórica a otra. Así, un historiador que trate de movimientos de población en gran escala recurrirá, entre otras verdades, a los descubrimientos del geógrafo y del economista. Un estudioso de la historia de la erudición clásica tiene que saber algo de química de las tintas y del papel. Un biógrafo debe conocer las leyes psicológicas, y así sucesivamente. Cada tipo de historiador tiene su clase particular de intereses, y cada uno de ellos debe recurrir al conocimiento general apropiado.

Esta teoría está conectada con la opinión, expuesta con frecuencia por los partidarios de la escuela positivista, según la cual es erróneo hablar de historia

como nombre de un estudio específico. No hay nada parecido a la historia en abstracto; no hay más que clases diferentes de historia. La palabra historia es genérica, y el género es real en sus especies: historia política, historia militar, historia económica, historia del lenguaje, del arte, de la ciencia, etc. Preguntar qué proposiciones generales presupone la historia *como tal* es, pues, hacer una pregunta que es inútil investigar porque no tiene contestación.

Que esta interpretación difusionista de la historia, como podría llamársele, es admisible y atractiva, especialmente en una época que gusta poco de las visiones sinópticas de cualquier clase, difícilmente podría negarse. Sus tesis positivas por lo menos parecen estar por encima de todo reproche. Es el caso, ciertamente, que hay muchas clases diferentes de historia, y el expositor de cada rama necesita, ciertamente, conocimientos de especialista para realizar su tarea. También es indudable que alguna clase de abstracción es parte necesaria del proceso de adquirir conocimientos históricos: todas las historias reales son departamentales en el importante sentido de que miran el pasado desde cierto punto de vista y se concentran sobre aspectos limitados de él. Pero aunque haya que admitir todo esto, dudo que se siga de ello la conclusión positivista. Pues me parece que en el trabajo histórico de todas clases hay un solo propósito predominante: construir un cuadro inteligible del pasado humano como un todo concreto, de suerte que se haga vivo para nosotros del mismo modo que nuestras vidas y las de nuestros contemporáneos. Diferentes tipos de historia contribuyen a ese designio fundamental de diferentes maneras, pero pienso que todos los historiadores lo tienen presente. Todos esperan proyectar luz sobre el pasado del hombre, y no habrían emprendido su estudio particular si no creyesen que lo harán por lo menos en algún grado.

Si hay algo de verdad en esta tesis, se sigue que, además de las generalizaciones específicas que los historiadores suponen, cada uno para sus particulares propósitos, hay también para cada uno un conjunto fundamental de juicios sobre los que descansa su pensamiento. Esos juicios se refieren a la naturaleza humana: son juicios sobre las respuestas características que dan seres humanos a los diferentes retos que les dirigen en el transcurso de sus vidas ya las condiciones naturales en que viven, ya sus compañeros los seres humanos. Indudablemente, algunos de ellos son tan triviales que apenas si merecen ser formulados: ninguno de ellos, por ejemplo, necesita que se exponga formalmente la verdad de que los hombres que sufren grandes privaciones físicas carecen en su mayor parte de energía mental. Pero que el *Corpus* de proposiciones en su conjunto es extremadamente importante lo revela el pensar que es u la luz de su concepto de la naturaleza humana como debe decidir finalmente el historiador qué debe aceptar como dato y cómo

comprender lo que acepta. Lo que toma por creíble depende de lo que concibe ser humanamente posible, y es a esto a lo que se refieren los juicios de que hablamos aquí. La ciencia de la naturaleza humana es, pues, la disciplina básica para todas las ramas de la historia. Los resultados de otras ramas del saber son necesarias para este o aquel tipo de historia, pero ninguno es de importancia tan general como el estudio que acabamos de mencionar.

5. DIFICULTADES DE ESTA CONEXIÓN

Pero si se concede tanto, también debe convenirse en que todo el asunto riel conocimiento y uso por el historiador de los juicios sobre la naturaleza humana ofrecen muchas dificultades. Y como esas dificultarles son manifiestamente importantes no sólo para la cuestión de la explicación histórica, sino también para la de la objetividad de los enunciados históricos, será necesario estudiarlas con algún detenimiento.

Tenemos en primer lugar el problema de cómo adquiere el historiador esas creencias básicas. La respuesta obvia sería aquí: “de las autoridades reconocidas sobre la materia”, por ejemplo, de quienes hicieron misión suya estudiar la naturaleza humana en las ciencias modernas de la psicología y la sociología. Pero el enredo es que hay multitud de historiadores competentes, hombres en cuyos juicios sobre situaciones históricas particulares puede tenerse confianza, que son muy ignorantes de esas ciencias, de sus métodos y de sus resultados. Saben mucho, aparentemente, de la naturaleza humana y pueden hacer gran uso de sus conocimientos, aunque no hicieron nunca un estudio metódico del alma humana ni de las características generales de la sociedad humana.

¿De qué otra fuente podría haber sacado sus conocimientos? La única respuesta posible parecería ser: “de la experiencia”. Y ésta es una respuesta que algunos filósofos sin duda encontrarían adecuada. La comprensión de la naturaleza humana que revelan los historiadores —dirían— no es diferente de la que todos manifestamos en nuestras vidas diarias, y procede de la misma fuente. Es parte de esa vaga amalgama de generalidades admitidas corrientemente, derivadas de la experiencia común y más o menos confirmadas por la nuestra, que todos aceptamos para nuestros propósitos cotidianos y conocida con el nombre de “sentido común”. Ahora bien, no pueden ponerse en duda los méritos de esta segunda contestación. Si puede ser aceptada, se desvanecen todos los misterios que pueda haber en el asunto que estamos estudiando. Ya no necesitamos preocuparnos por la importancia de la comprensión que el historiador tiene de la naturaleza humana, ya que las categorías de la historia vienen a ser idénticas a las del sentido común. No hay pretensión, en tales

circunstancias, de que el conocimiento histórico merezca especial consideración ni alegue ningún derecho al escrutinio filosófico.

Que la comprensión que el historiador tiene de la naturaleza humana se deriva en cierto modo de la experiencia, y aunque prolonga lo que llamamos conocimiento de sentido común, no querría yo negarlo. Pero dijo que podamos dejar la materia en este punto sin hacer justicia a la sutileza y profundidad de penetración en las posibilidades de la naturaleza humana que muestran los grandes historiadores. Una de las características de esas personas es que logran ir mucho más allá que el sentido común en la apreciación y comprensión de situaciones humanas. Sus poderes de imaginación o de intuición, como también podría llamárseles, abren inesperadas posibilidades a sus lectores, permitiéndoles penetrar en las almas de épocas muy distintas de la suya. En este respecto, como en algunos otros, su trabajo guarda esta semejanza con el de otros escritores en otros campos. También la literatura creadora, en particular el teatro y la novela, exige en sus cultivadores una penetración a las posibilidades de la naturaleza humana peculiarmente intensa; y aquí también la penetración rara vez es resultado de un estudio metódico. Y aunque sin duda es verdadero decir que descansa en cada caso en la experiencia del escritor y en la experiencia común de su tiempo, en afirmación realmente no es muy esclarecedora. Porque cuando pensamos en ella, quedamos ante la embarazosa cuestión de saber por qué unos pueden sacar tanto de la experiencia y otros tan poco. ¿Basta la experiencia para explicar la multiforme apreciación de la naturaleza humana que muestran un Shakespeare y un Tolstoi? ¿Puede ella explicar la maravillosa verdad que Emily Bronte insufló en el carácter de Heathcliff, criatura cuyo igual ni ella ni sus lectores pueden haber conocido en la vida real, pero que sin embargo nos impresiona como absolutamente creíble? Decir que todo lo que se necesita para explicar la comprensión literaria es sentido común y experiencia común es, evidentemente, quedarse muy lejos de la verdad: también se necesita genio. Y aunque el historiador corriente puede desempeñar su función bastante adecuadamente con facultades que no van mucho más allá que las del sentido común aguzado, sin duda puede argüirse que se necesita algo como el genio para un trabajo verdaderamente eficaz en este campo.

Concluyo que hay un auténtico problema relativo al conocimiento que el historiador tiene de la naturaleza humana, y sugiero que está estrechamente emparentado con el que plantean el trabajo literario y la apreciación de la literatura. Pero tengo que dejar el problema sin estudiarlo pasar a otro punto difícil sobre la ciencia de la naturaleza humana.

Concierne dicho punto a la variabilidad de las proposiciones

fundamentales de la ciencia. Ya dijimos que el historiador decide en definitiva a la luz de su concepto de la naturaleza humana lo que ha de aceptar como dato. Pero cuando reflexionamos sobre la materia advertimos que las concepciones de la naturaleza humana varían del modo más sorprendente de una época a otra. Lo que parece normal en un tiempo (por ejemplo, la Edad Media) parece completamente anormal en otro (por ejemplo, el *siglo XVIII*), y la diferencia es con frecuencia tan profunda que la época anterior se hace positivamente incomprensible para la posterior. De ahí los errores que vician las páginas de un escritor como Gibbon cuando trata de cuestiones religiosas. Y no debe pensarse que esos errores pertenezcan sólo al pasado y que nosotros somos más sabios que nuestros predecesores. Indudablemente somos más conscientes que Gibbon y Voltaire de las diferencias que hay entre nuestros propios tiempos y los tiempos pasados; pero de ahí no se sigue que logremos plenamente superar las diferencias. Y ciertamente parece irracional esperar que lo haríamos, pues sólo podría ser así si pudiéramos salirnos de nuestro propio tiempo y contemplar el pasado *sub specie setemitatis*.

Ahora bien, una ciencia cuyas proposiciones fundamentales varían de ese modo muy bien puede no ser considerada ciencia, y se ha llegado de hecho a esta conclusión. Collingwood, por ejemplo, dijo con frecuencia que no hay verdades "eternas" acerca de la naturaleza humana, sino sólo verdades acerca del modo en que los seres humanos se condujeron en tal o cual época. No hay verdades eternas sobre la naturaleza humana —afirmó— porque la naturaleza humana está cambiando constantemente. Pero necesitamos examinar con algún cuidado esta afirmación aparentemente admisible. Cuando se dice que la naturaleza humana varía de una época a otra, ¿queremos decir que deducimos que *no* hay identidad entre el pasado y el presente, que no hay un desarrollo continuado de uno a otro, sino que ambos difieren por completo? Y si queremos decir eso (como el mismo Collingwood sugiere en sus momentos más escépticos), ¿esa regla no niega la posibilidad de toda comprensión inteligente del pasado? Si los hombres de la antigua Grecia o de la Edad Media, por ejemplo, no tienen nada en común con los hombres del mundo de hoy, ¿cómo podríamos esperar sacar algo de sus experiencias? El intento de hacerlo sería como tratar de leer un texto cifrado cuyo desciframiento sabemos de antemano que nos dirá.

Esto por sí solo no es más que un argumento al *hominem*: no *demuestra* que haya algo constante en la naturaleza humana, y que, por lo tanto, sea posible una ciencia de la naturaleza humana. Se limita a llamar la atención hacia el hecho de que pensamos que pueden comprender épocas pasadas, lo mismo que pensamos que podemos comprender a nuestros contemporáneos.

Pero, en todo caso, esa convicción encuentra apoyo cuando reflexionamos en que el escepticismo general sobre la comprensión histórica implicaría el escepticismo general sobre la comprensión literaria también. Si no podemos comprender las acciones de las gentes del pasado, tampoco podemos sacar nada de su literatura. Pero pensamos, indudablemente, que sí podemos, en alguna medida por lo menos, aunque convengamos en que unos escritores son más fácilmente comprensibles para nosotros que otros, y que algunas producciones literarias siguen frustrando todos nuestros esfuerzos para interpretarlas.

Podría sostenerse, pues, que una ciencia de la naturaleza humana es posible en principio, no obstante las manifiestas variaciones de conducta y creencias de una época a otra. Pero aunque sea así, eso no originaría ningún falso optimismo acerca de la comprensión histórica. Sigue siendo cierto que historiadores diferentes llevan a su trabajo concepciones diferentes de la conducta de los hombres y (quizá debiéramos añadir) de cómo debieran conducirse, y que este hecho tiene un efecto de la mayor importancia sobre los resultados a que llegan. No nos interesa aquí explorar las ulteriores implicaciones del hecho: nuestro propósito-era sólo señalar su importancia para el problema de la explicación histórica. Yo diría que su pertinencia e importancia estaban fuera de toda duda.

Hay otra dificultad acerca de la ciencia de la naturaleza humana a la cual me referiré brevemente en conclusión (su conexión con los dos puntos anteriores es bastante clara). Dije que las verdades acerca de la naturaleza humana están *presupuestas* en la comprensión histórica y hablé de que el historiador *enfocaba* su trabajo con determinada concepción de la naturaleza del hombre. Pero no podemos dejar la materia en este punto. Porque, cuando nos ponemos a pensar sobre ella, no es verdad sólo que llevamos a la comprensión de la historia ciertas nociones acerca de las posibilidades de la conducta humana: también revisamos nuestras nociones de esa materia en el curso de nuestro trabajo histórico. Así, al leer una exposición de los hechos de personas muy lejanas de nosotros, como, por ejemplo, los bárbaros que derribaron el Imperio romano, partimos de ciertos criterios con los que juzgar e interpretar su conducta; pero nuestra interpretación puede inducirnos muy pronto a modificar esos criterios en aspectos importantes, abriendo nuestros ojos a posibilidades que no habíamos sospechado. El caso de la historia es aquí también paralelo al de la literatura. Se dice con frecuencia que una gran novela o una gran comedia nos enserian algo acerca de nosotros mismos; pero, como hemos visto, necesitamos llevar a ellas ciertas creencias preexistentes sobre la naturaleza del hombre.

Sospecho que no basta liquidar este punto diciendo que no hay nada

sorprendente en él, por la sencilla razón e que nuestro conocimiento de la naturaleza humana descansa sobre la experiencia y está sujeto a constante revisión a medida que nuestra experiencia se amplía. Sin duda es así, pero subsiste el hecho de que nuestras ideas sobre el asunto aun parece que contienen un elemento que no se debe a la experiencia, sino que puede llamarse *a priori* (subjetivo, según los gustos. La existencia de este elemento subjetivo constituye un gran enigma pan la filosofía de la historia, y ciertamente es la causa principal de los titubeos que sentiría mucha gente ordinaria si be la invitara a convenir en que la historia puede llegar a ser un estudio plenamente científico.

Tenemos que dejar estas cuestiones, a las que volveremos, y tratar de agrupar los resultados de un larga y difícil estudio. Empezamos nuestro examen de la naturaleza de la explicación histórica teniendo presente dos opiniones: una que insistía en que la comprensión histórica es inmediata e intuitiva, y otra que reducía realmente dicha comprensión a una subforma del pensamiento de las ciencias empíricas y que igualaba su proceder con el del sentido común. Encontramos razones para rechazar decididamente la primera de estas opiniones, pero eso no nos obligala a aceptar sin titubeos la segunda. Pues aunque la escuela idealista llevaba demasiado lejos sus pretensiones, vimos que no estaba equivocada al hacer fundamental para el historiador el concepto de acción, y nos propusimos conectar con él los procedimientos teleológicos o semiteleológicos que, según se decía, seguían los historiadores cualesquiera que fuesen sus opiniones sobre las fuerzas motrices decisivas de la historia. Pero reconocimos que el procedimiento de coligar acontecimientos históricos, aunque muy importante, no podía constituir toda la naturaleza de la explicación histórica.¹ Se necesitaba también, como en las explicaciones de tipo científico, la referencia a verdades generales, y aquí nos encontramos de acuerdo general con el punto de vista positivista. Pero diferimos de los positivistas en sostener que en todo trabajo histórico está presupuesta una serie fundamental de generalizaciones pertenecientes a la ciencia de In conducta humana; y tratamos, en conclusión, de señalar ciertas dificultades que aparecen acerca de esas generalizaciones y riel conocimiento que el historiador tiene de ellas. Puede resumirse nuestro resultado general diciendo que la historia es, en nuestra opinión, una forma de conocimiento con rasgos peculiares, aunque no es tan diferente de la ciencia natural ni aun del sentido común como se ha pensado a veces que lo es.

El profesor A. Donagan, en un artículo titulado "The Verification of Historical Theses" (*Philosophical Quar- terly*, julio de 1956), discute la

interpretación de las opiniones de Collingwood sobre la historia dada aquí y por otros críticos y dice que ni su teoría ni su práctica histórica lo obligan a creer que en la historia son infaliblemente intuitos los pensamientos del pasado. La frase de Collingwood de que toda historia es historia del pensamiento debe tomarse como un intento de revelar la estructura conceptual del conocimiento histórico y no como una exposición de lo que hacen los historiadores. Personalmente, deseo subrayar que el propósito de Collingwood fue poner al descubierto el carácter peculiar del conocimiento histórico, y admitiría que su teoría podía ser reconstruida sin hacer ninguna referencia a la intuición, según los lineamientos seguidos en el capítulo v de *Laws and Explanation in History* del profesor W. Dray, quien muestra allí que los historiadores se interesan frecuentemente por lo que él llama "racionalización de las acciones", y que al hacerlo no ponen a contribución generalizaciones sobre la conducta del pasado sino "principios de acción", reglas que (según suponen) fueron adoptadas como expresivas de "lo que hay que hacer" por los individuos en que se ocupan. Pero si se dijera que esto aclara la cuestión, querría yo hacer tres comentarios: 1) Aunque según Dray un historiador no necesita examinar casos análogos para deducir principios de acción, necesita algún conocimiento general que vaya más allá del caso particular. Para descubrir los principios según los cuales Nelson actuó en Trafalgar tengo que saber por lo menos que estuvo presente allí en calidad de almirante y qué es un almirante. 2) Collingwood sostiene el punto negativo de que (esta especie de) comprensión histórica no depende del conocimiento de leyes generales, pero dice poco o nada acerca de en qué consista. La inferencia de que pensaba que tenía que ser inmediata es completamente natural, más particularmente cuando recordamos lo que dice en otro lugar acerca de que el conocimiento científico es abstracto. 3) El hecho de qué Collingwood creyera que sólo pudieran resucitarse pensamientos pasados, y no sentimientos pasados, demuestra su preocupación por el problema del escepticismo histórico; parece difícil evitar la conclusión de que su solución del mismo consiste en decir que sólo podían captarse pensamientos sin posibilidad de error. Pero yo no querría ya atenerme al pasaje de *Idea de la historia* citado supra (p. 57) para demostrar que Collingwood creía que el pensamiento se explicaba a sí mismo, pues Donegan me convenció de que ello (en inglés *it*), con que termina la segunda oración, se refería a acontecimiento en la primera. Véase también el artículo de Dray, "Historical Understanding as Re-thinking", en *University of Toronto Quarterly*, enero de 1958.